

MANIFIESTO XXIII ROSARIO UNIVERSAL

Estamos en Adviento y con ello el comienzo del año litúrgico cristiano. Un tiempo que nos prepara durante cuatro semanas para la llegada de la Navidad y con ello el Nacimiento del Rey de Reyes, el Salvador del Mundo y Emperador del Universo.

En mitad de la fugacidad de lo banal y lo efímero de lo caprichoso, el Adviento nos recuerda que pocas cosas son las realmente importantes. Frente a las mentiras prometeicas y los susurros de un mundo que nos vende urgencias sin alma, se alza la suave certeza de una esperanza que no grita, pero sostiene; una Luz pequeña que, sin imponerse, basta para orientar todo el camino.

Ese Lucero, que marcó el Creador para guiar a unos sabios de Oriente, es Cristo mismo: la Luz que no engaña, el Norte que no se mueve, el Fulgor que ninguna oscuridad puede apagar. Y así como aquellos hombres emprendieron un largo camino para postrarse ante el Rey verdadero, también nosotros, reunidos en este Rosario Universal, seguimos ese mismo Lucero a través de María, Estrella de la mañana y Auxiliadora de los cristianos.

En un tiempo en que la incredulidad pretende imponerse como norma y lo Sagrado se mira con desdén, alzar el Santo Rosario es afirmar que la Fe no se esconde, que la esperanza no se negocia y que nuestra esencia cristiana no se borra. No rezamos por nostalgia, sino por convicción; no salimos a la calle por costumbre, sino porque sabemos que un pueblo que olvida su Fe pierde su rumbo.

María, Madre nuestra, es el Faro que nos conduce hasta el Hijo. Ella no sustituye la luz del Lucero: la refleja y la amplifica, para que incluso los corazones cansados puedan reencontrar el camino. Bajo su amparo, y con la certeza de que Cristo reina, defendemos nuestra Fe sin miedo, sin vergüenza y sin renunciar a la nobleza que nos requiere este tiempo histórico.

Hoy, ante un mundo que presume de no necesitar a Dios, proclamamos con firmeza que solo en Él encuentra el hombre su verdadera libertad, su dignidad y su camino. Y mientras muchos levantan banderas que cambian con el viento, nosotros alzamos el Rosario, estandarte humilde pero invencible, terror de los demonios y signo de una Fe que jamás se apagará.

¡VIVA CRISTO REY!

¡VIVA LA SANTÍSIMA VIRGEN!